

Dbre.
1915

PACIFICO

MAGAZINE

Precio:
UN PESO





Wheeler & Co.

DON VICENTE REYES

POR

Armando Donoso

Con ilustraciones fotográficas

En dos grandes épocas históricas el nombre de don Vicente Reyes ha estado en todas las bocas: cuando fué presidente del Club de la Reforma y durante la campaña presidencial de 1896. Y dicen los pocos que aún sobreviven de aquellos años y que estuvieron en el seno de ese centro, que nunca un jefe fué tan querido y respetado de la juventud como lo era el joven presidente de ese entonces; porque durante los días del Club apenas si don Vicente Reyes contaba siete lustros cumplidos, edad que aún debió parecer menor a los reformistas si recordaban a su antecesor, don Gerónimo Urmeneta, varón proveccto, maduro en años y venerado de todos como no lo fuera un padre. Hogar de la nueva generación liberal, en el Club de la Reforma se formaron muchos de los que más tarde, en el correr de los años, habían de ser honra y provecho de su tierra: de su histórica tribuna dirigieron la palabra a las masas y a escogidos auditorios los Matta y Balmaceda, Mac-Iver y Reyes, los Arteaga y Demetrio Lastarria, Rodríguez Velasco y los Matte. Ventiláronse en el seno del Club y en los mitins al aire libre los más árdus problemas políticos de la época; como una hoguera enorme, hecha de entusiasmo y atizada por todos los fuegos del sacrificio, fluyó de allí un calor benéfico que prendió en muchos corazones. Quienes primero vieron el Club con malos ojos bien pronto llegaron a él, y si antes había iniciado éste tan solo sus sesiones con la cooperación de algunos jóvenes, bien pronto se confundieron en sus bancos las frentes mozas y las calvas relucientes. Cuando la campaña presidencial de don José Tomás Urmeneta era el Club de la Reforma una entidad política formidable, ca-

paz de dirigir una lucha electoral colocándose frente al Gobierno. Y no es que sus miembros persiguiesen puras ventajas en las urnas llegando a constituir una máquina electoral; su programa limitábase a contrarrestar la acción omnímoda del Gobierno sobre todo contra sus facultades intervencionistas; pedía la reforma electoral que otorgase el derecho de sufragio a todos los ciudadanos capaces de ejercerlo; darle el carácter de precepto constitucional a la tolerancia religiosa; absoluta libertad en la ley de imprenta; limitación de las facultades del Presidente de la República; independencia absoluta del poder judicial. La acción del Club fué grande y fructífera en bien de las ideas liberales: cuando don Vicente Reyes ocupó su presidencia, el centro no hacía más que acrecentar constantemente su prestigio y su influencia. Su elección unánime en el Club fué un señalado triunfo, un éxito que llevó su nombre a todas partes en la metrópoli y que anunciaba ya su futura designación para la candidatura a la presidencia de la República.

¿Qué podremos decir, que ya no se haya estampado en letras de molde, de su popularidad cuando fué exaltado a la candidatura presidencial en 1896? ¿Qué? Sería preciso recordar los tiempos del general Bulnes y de don Manuel Montt para darse cuenta del ardor de aquella lucha reñidísima en que la unión liberal paseó por todo el país el nombre de don Vicente Reyes como una bandera doctrinaria que azotaba el viento de todos los entusiasmos y en la que los contrarios veían un reto a muerte de ideas y de creencias. La popularidad, la más amplia popularidad, saludó el nombre de don Vicente Reyes cuando fué proclamado por la Con-



Don Manuel Reyes, padre de don Vicente.

vención presidencial y por él riñó durante medio año el país entero dividido, con furia, con pasión sin igual, que hacían recordar los cerrados odios de las guerras civiles.

Pero todo aquello está distante ya; pertenece a la historia. Cuando don Vicente recuerda aquellos días se sonríe bondadosamente y nos dice:

—De seguro no estaría conversando con usted ahora si hubiera sido Presidente: ya estaría enterrado mucho tiempo. ¡Es ese un molejón muy duro! Santa María murió poco después de bajar de la Presidencia; Balmaiceda y Errázuriz murieron en ella; Pedro Montt también...

De joven fué don Vicente Reyes buen estudiante: su carácter se templó más tarde en las aulas universitarias como el hierro en la llama viva; de mozo comenzó en la política su carrea de un salto: antes de abandonar la presidencia don Manuel Montt le ungió diputado; después, llegó a la presidencia del Club de la Reforma y con ella conquistó el unánime cariño de toda una generación.

Quienes le conocieron de mozo hablan de él con sincero entusiasmo: jamás un joven

fué mejor dotado para surgir fácilmente en la vida. De regular estatura, bien espigado, ojos inteligentes, vivísimos, frente amplia, rostro sereno, era don Vicente Reyes a los veinticinco años un buen mozo. Los viejos retratos que de él se conservan confirman el testimonio personal de quienes le conocieron. En el trato diario, en las tertulias, se le tenía por un charlador insuperable, de palabra fácil y vivísimo ingenio. Yo le he oído referir a un viejo amigo suyo que en los salones más aristocráticos don Vicente Reyes triunfó siempre: su trato afable, su decidora alegría, su humor gentilísimos preocuparon a más de un corazón de dieciocho primaveras. Ahora, que van corridos tantos años desde aquellos venturosos días y cuando ya su vida, se ha tornado tranquila y transparente como el espejo de las aguas inmóviles que reflejan un pedazo de cielo, recordamos lo que sería el calor de su admirable juventud cuando estos sus ochenta años, ante la menor evocación, florecen en bellos y animados recuerdos. Habla don Vicente Reyes con una franqueza comu-



Señora Luisa Solar y Valdés, esposa de don Vicente Reyes.



Curioso retrato de joven de don Vicente Reyes.

nicativa que bien parece la de un mozo; le vemos reír como se ríe un niño, con el alma puesta a flor de labios; sencillo, enemigo de la gravedad insolente, con gestos finos y cortes de gran señor, amable, franco y espiritual, su vivacidad despierta en nosotros rápidamente la alegría porque toca directamente a los sentimientos, ajena a toda actitud preconcebida. Bien se nos alcanza que si este su invierno de hoy tiene aún el calor de la jovialidad que hace nacer flores en él, aquella su primavera de antaño debió ser un puro derroche de vivo y agudo ingenio.

Nacido don Vicente Reyes en la primera mitad del pasado siglo, en 1835, de muy niño pudo ser testigo de los mayores acontecimientos de nuestra historia. Sus recuerdos alcanzan hasta aquellas lejanas y ya casi olvidadas fechas en que apuntaban los primeros albores del liberalismo chileno: él estuvo entre las multitudes el día en que en plena plaza se instruía el proceso contra la "Sociabilidad chilena" de Francisco Bilbao, mientras el entusiasmo de los jóvenes paseaba en triunfo a través de las calles al joven apóstol; él oyó el estruendo de la fusilería en las jornadas de 1851; estuvo más tarde cerca del Presidente Montt y recuerda el movimiento subversivo de 1859; él vió al ilustre Gallo cuando era inspector en el Instituto Nacional; recuerda

lleno de emotiva gratitud a don Antonio García Reyes, que una muerte temprana arrebató antes de las cuarenta años, y su memoria conserva intacta la imagen de Jotabeche cuando hablaba desde su banco de las Cámaras, siendo don Vicente aún muy niño. Sin embargo, cuando evoca aquellos días ya tan distantes, parece que su memoria se anima, se despierta de su sueño no interrumpido, y los recuerdos comienzan a brotar de sus labios sin esfuerzo, suavemente.

Le insinuamos apenas nuestra primera pregunta y don Vicente cavila un instante: retrocede sesenta y nueve años en su vida, a fin de colocarse en aquellos sus dorados días de colegio. Entonces nos dice:

—Entré al Instituto Nacional en octubre del año cuarenta y seis; recuerdo que llegamos a la misma clase y el mismo año con Julio Zegers y Carlos Armando Rogers. Más tarde ingresaron a nuestro curso José Gabriel Palma y Emilio Valdés. Era profesor don Manuel Chaparro, quien fué nuestro maestro durante el primer año, un caballero muy bueno. Entonces en los cursos de huma-



Otro retrato tomado poco después de ser elegido diputado.

nidades un profesor tomaba al alumno desde el primer año y lo llevaba hasta lo último, es decir, hasta la clase de filosofía. Duraba este aprendizaje total cuatro o cinco años. Nosotros estuvimos cinco años. Desde el segundo año fué nuestro profesor don Raimundo Silva. En 1847 hubo oposiciones para proveer clases de humanidades y se las llevaron las del primer curso Silva y las del segundo Miguel Amunátegui. Don Raimundo era un admirable profesor: ¡qué hombre tan inteligente y tan bueno! No recuerdo que nos



Fotografía de don Vicente tomada antes del año 80.

impusiera jamás un castigo; era la bondad en persona. Nos enseñaba el latín, la historia, la geografía, cuatro ramos de matemáticas, con admirable versación en todos ellos. Algunas veces, para sus cursos de matemáticas elementales se hacía enseñar las materias por un ingeniero amigo y luego iba preparado a sus clases concienzudamente. ¡Era una enciclopedia! Algunos días nos complacía hasta en nuestros antojos: le pedíamos que no nos hiciera clase y entonces mandaba cerrar las puertas de la sala y nos leía algún trozo de "La Jerusalén libertada" o de "El libro de

los oradores". Otras veces, y como tenía una gran memoria, solía repetirnos algunos de los buenos discursos que se habían pronunciado en las Cámaras... Era muy curiosa la vida en el Instituto entonces: como había un capellán se decía misa diariamente y se rezaba el rosario. Claro está que tanto la hora del rosario y de la misa la aprovechan los estudiantes para hacer diabluras: arrojar pelotillas o tomarnos las vinajeras. Yo no los acompañaba porque era un niño beato, que había sido educado piadosamente. Sólo mucho más tarde cambié de ideas...

—¿Qué libros leían con predilección entonces?

—Leíamos todo lo que caía en nuestras manos, pero generalmente novelas: los libros de Alejandro Dumas, "El judío errante" y "Los misterios de París" de Eugenio Sue; los folletines de Feval; y tantos, tantos otros que se me han olvidado ya. Yo me acuerdo que me eché al cuerpo, sin llegar a entenderla por supuesto, una "Historia de diez años" de Luis Blanc.

Y después de estas sus lecturas de adolescente evoca don Vicente Reyes sus asistencias frecuentes a la barra de las Cámaras, desde cuyos asientos fué testigo de más de una escena memorable. Como nosotros le preguntamos sobre la verosimilitud de una anécdota popularísima de Lastarria, don Vicente recuerda la sesión de las Cámaras en que don José Victorino Lastarria defendía al Ministerio de don Manuel Camilo Vial, mientras era crudamente impugnado por los conservadores. Después de pronunciar un discurso Lastarria, Jotabeche le dijo, como burla burlando: "El señor diputado tiene mucho talento". Vallejos tenía reputación de ser irónicamente mordaz y sus palabras despertaron la hilaridad en la barra, lo cual le indujo a repetir la frase en abierto son de burla: "El señor diputado tiene mucho talento". Entonces don José Victorino, sin inmutarse siquiera, le contestó: "Lo tengo y lo luzeo".

Don Vicente echa reír de buenas ganas mientras Miguel Luis Rocuant, que se encuentra presente, y yo nos miramos de hito en hito riendo también con el sabor de la anécdota, que ya tiene total popularidad en el país aún cuando no todos saben quiénes fueron los actores que la vivieron.

—Don Vicente, le preguntamos, ¿conoció usted a Francisco Bilbao y recuerda la coedificación de la "Sociabilidad chilena"?

—A Bilbao lo conocí aunque no muy de cerca. No olvido que era muy cariñoso con los niños: iba frecuentemente a la casa de mi bisabuelo, donde vivía Antonio García, a verlo, pues eran muy amigos. Alguna vez recuerdo haberlo encontrado entre los niños, conversando alegremente. Su aspecto bondadoso, su rostro de apóstol, sus maneras distinguidas no las olvidaré nunca. También solía verlo muy a menudo en la casa de los Lynch, donde yo me pasaba con frecuencia los días... El día del jurado, cuando se condenó su libro en la plaza pública, nos juntamos con Luis y Eliodoro Lynch a fin de ir a hacer coro en favor de Bilbao, porque, le repito, todos le queríamos mucho. Mientras el jurado deliberaba estuvimos todo el tiempo en la plaza: los gritos, los vivas a Bilbao se sucedían a cada instante; era aquella algarabía infernal. De repente, me acuerdo que el juez, un caballero Silva, de Talca, salió del juzgado a la plaza a perorar al pueblo para imponerle orden; sin embargo, la gritería siguió con más furia porque bien parece que toda la concurrencia de la plaza estaba de parte de Bilbao. Yo no ví toda la cuestión, que después me contaron los Lynch, pues cuando me encontraba en lo mejor de la función ayudando a meter ruido, un pariente de mi padre acertó a pasar por allí y, buen corre vé y dile, llevó el cuento inmediatamente a mi casa de donde llegaron en un vuelo en mi busca. Me gané una magistral represión... Los Lynch me refirieron

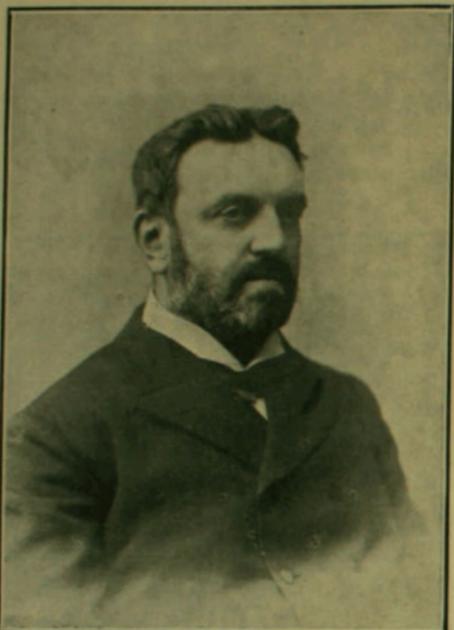
después que en la plaza se había formado una colecta a fin de pagar la multa que el jurado le impuso a Bilbao y don Guillermo Elest, padre de los Elest Gana, había dado once onzas. Después se llevaron en triunfo a Bilbao por la calle del Estado y luego por la Alameda de las Delicias: al pasar frente al Instituto unos músicos tocaron la Can-



Retrato de don Vicente hecho antes de la Revolución del 91.

ción Nacional, lo cual fué motivo para que el Gobierno destituyera de su cargo al jefe de la tropa... Cuando Bilbao volvió a Chile, después de su viaje a Europa, no recuerdo haberle visto.

—De la revolución del 51 ¿conserva algún recuerdo?



Retrato de don Vicente Reyes, tomado en 1892.

—Todo lo que supe de ese movimiento, descontando lo de aquí de Santiago, se lo oí referir a Antonio García, que era secretario del general Bulnes. Estábamos entonces en los días en que comenzaban los movimientos revolucionarios, antes que don Manuel Montt subiera a la Presidencia. El 20 de abril de 1851 fué en Santiago un día de muchas historias: la gente despertó ese día con la noticia de que se había sublevado el batallón Valdivia. Se produjo la confusión general por todas partes y todos no encontrábamos mejor garantía que no salir por lo menos de nuestras casas... Después la revolución del sur: el 19 de septiembre, cuando don Manuel Montt se preparaba para ir a la Pampilla, le llegó un propio del sur, en el que le comunicaban que se había levantado el general Cruz. Me acuerdo haberle oído contar a Antonio García que el general Bulnes salió de Santiago sin tropas y se fué buscando gente; después que había partido le enviaron el batallón Chacabuco y otros. Por el camino requería a las personas que eran influyentes y a quienes conocía para que le prestasen su ayuda.

Aprovechando el alto que hace don Vicente

un instante para encender un cigarrillo, cigarrillo de noble hoja talquina que fuma desde hace más de medio siglo, le preguntamos:

—En una de nuestras entrevistas nos dijo don Marcial Martínez que la batalla de Loacomilla había quedado indecisa en realidad y que el general Cruz se había dado por derrotado cuando en realidad no lo estaba. ¿Qué piensa usted sobre el particular?

—En aquellos años hubo muchas personas que afirmaron lo mismo; pero, el hecho es que el general Bulnes quedó dueño del campo... Y Bulnes se portó muy generosamente con sus enemigos; también es cierto que esa conducta era tan propia de su carácter. Fué con los vencidos magnánimo a más no poder. Tomó el camino de la generosidad, del respeto para los militares vencidos. Hizo un tratado que le permitió a los vencidos quedar en situación de seguridad: esta fué una medida pacificadora. Así como fué un gran mandatario, Bulnes era un general valeroso, esperto y que sabía aprovechar las condiciones propias del soldado chileno.

—¿Conoció usted de cerca a don Manuel Montt?

—Tanto como haberlo conocido de cerca no podría decir; fuí como un espectador cualquiera que presencié los acontecimientos de su administración. A don Manuel Montt le tengo por uno de los grandes presidentes que hemos tenido, pero fué desgraciado porque estuvo en lucha constante contra el régimen nuevo que pretendía conquistar libertades. Es cierto también que él era conservador ante todo. Además, la causa de muchos de estos disturbios fué la cuestión electoral, que es la que siguió siendo durante muchos años más y ahora mismo. Por lo demás fué un hombre que le dió un enorme impulso al país. Generalmente en los retratos que por aquellos años se publicaban cuando la candidatura de don Manuel Montt, se le hacía aparecer con una cartilla en la mano, significando con ello que era amigo de la instrucción. Su gobierno fué prototipo de una seriedad administrativa ejemplar... Si hoy se piensa en todo aquello llega uno a la conclusión de que le sobra razón al poeta: todo tiempo pasado fué mejor... había entonces tanto desinterés y tanto espíritu público. Entonces se hacían las cosas reposadamente, con constante estudio y deliberación, mientras que

más adelante ha sido frecuente el afán de hacer, de terminar las cosas aunque sea de un modo imperfecto. Cuatro días antes de transmitir el mando don Manuel Montt firmó su Ministro don Antonio Varas el contrato para el ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, después de haber sido estudiado a fondo, minuciosamente: no importaba que otro Gobierno lo realizara, pues la cuestión era que se hiciese un trabajo bien hecho.

—Los biógrafos de don Manuel Montt aseguran que era un buen orador: ¿tuvo usted ocasión de oír alguno de sus discursos?

—Sí. Recuerdo que, en cierta época en que la oposición había querido negar la aprobación de las contribuciones, don Manuel Montt pronunció un discurso que llamó mucho la atención. La base de su argumento era: no tenemos dinero, luego saldrán los presos de las cárceles, se morirán los enfermos en los hospitales, quedarán desiertas las escuelas. Parece que el discurso causó un gran efecto, pues no le contestó nadie en la Cámara. Hoy día, tal vez, se cambiaría un ministerio más y todo seguiría lo mismo.

—¿Estaba Ud. en Santiago cuando estalló el movimiento revolucionario de 1859?

—Sí; recuerdo que se hizo aquí una reunión, en un centro que llamaban El Casino: numerosas personas conocidas concurrieron a fin de acordar la manera de pedir la reforma de la Constitución. Pero, en lo mejor de la sesión, el Gobierno que había tenido noticias de ésta y estimándola sediciosa, acordó disolverla. Fué, tal vez, un error porque eso enconó mucho los ánimos. Bien pronto estallaron movimientos en el sur y en el norte. Yo no recuerdo más que esa reunión de que le he hablado. Por esos años era yo jefe de sección en el Ministerio de Instrucción Pública, al que había pasado del Ministerio del Interior, donde comencé mi carrera de empleado público. Era entonces Ministro de Instrucción don Rafael Sotomayor... Otros recuerdos que conservo del 59 son muy borrosos: sí que no olvido uno a causa del que fueron separados de sus puestos algunos empleados públicos que tomaron parte en un banquete político.

—¿A don Pedro León Gallo lo conoció entonces?

—Nó: a Gallo recuerdo haberlo conocido cuando yo era alumno en el Instituto Nacional. El pertenecía a los grandes: porque entonces en el Instituto podían quedarse los

alumnos en calidad de internos o, generalmente, con el carácter de inspectores hasta que se recibían de abogados. Gallo creo que era estudiante de legislación cuando yo estaba en el Instituto; era muy querido de los niños. Nos conversaba sobre historia, literatura, procurando siempre instruirnos. No quería mucho. Corrieron los años y después recuerdo haberlo visto mucho en el Club de la Reforma.

—Por lo que respecta a las luchas políticas, a la oposición que se le hacía al liberalismo, a las campañas de los conservadores cuando fué elegido don Manuel Montt, ¿conserva algunos recuerdos precisos?

—No se han repetido más en Chile los despliegues de energía de que se hacía lujo por ambas partes en las luchas electorales de aquellos años. Don Manuel Montt fué elegido, por ejemplo, por los conservadores y los clérigos. El secretario del Arzobispado, don José Hipólito Salas, casi se ahogó al pasar el Cachapoal yendo en viaje al Olivar, a fin de trabajar en las elecciones de don Manuel



Curioso retrato de don Vicente, que fué muy popular cuando se le proclamó candidato a la Presidencia de la República en 1896: circundan la fotografía dibujos alegóricos que le muestran como protector de la instrucción, el progreso y la justicia.

Montt. Cuando los conservadores estuvieron en el poder estiraron demasiado la cuerda, empezando por pedir que se pusiera el Instituto bajo la dirección de los clérigos; pidieron que se dejaran sin efecto las leyes de Carlos III, que desterraban a los jesuitas y bien pronto pretendieron que se resarciera a la orden de los perjuicios sufridos por las propiedades durante su destierro. Además, antes ya habían excitado mucho los ánimos otras medidas tomadas por el clero; por ejemplo, la pastoral del Arzobispo contra la Iglesia protestante de Valparaíso; además la pastoral fué seguida por una solicitud de los conservadores más respetables en la que pedían que fuera demolida la iglesia. ¡Ah!, y, a propósito, recuerdo una anécdota curiosa que toca de cerca a esto de que hablamos ahora: me contaba una vez Belisario Prats que en un banquete que se le daba al obispo Salas, cuando volvió de Roma, donde había asistido a un concilio, habló Federico Errázuriz Zañartu declarando que se felicitaba de estar en compañía de quien había estado con contacto con el espíritu Santo. Dicho banquete fué una manifestación muy curiosa, pues cada brindis pronunciado fué como una profesión de fe... Eran tiempos esos de crudas exaltaciones, de luchas reñidísimas. Muchos años más tarde, el año 72 o el 73, cuando se estableció la libertad de exámenes, recuerdo que se estableció al otro lado del Mapocho un Colegio de la Purísima, para hombres, donde se rindieron más de noventa exámenes de latín final en una seman... Así, pues, fué un producto natural de los excesos del tiempo la Alianza Liberal, que se formó al terminar el Gobierno de Errázuriz.

—Durante el Gobierno de don Federico Errázuriz Zañartu, ¿tomó usted una gran participación en las luchas políticas?

—Me tocó atacar crudamente al Gobierno, desde "El Ferrocarril", defendiendo a Palazuelos, porque en circunstancias que éste era arrendatario en la Liga de un fundo tuvo un encuentro con don Manuel Valledor por cuestiones de aguas. Un día mandó Valledor a sus inquilinos a fin de que rompiesen una boca-toma deslindante entre ambas propiedades. Iba a la cabeza de los inquilinos de Valledor el administrador del fundo que era al mismo tiempo subdelegado. Como éste pretendiera con su gente realizar un atropello, amparados en la fuerza del número,

Juan Agustín y Pedro Enrique Palazuelos se vieron forzados a disparar contra ellos. Pronto pasó el asunto a poder de la justicia y la Corte Suprema declaró que el de los Palazuelos había sido caso de legítima defensa, pero de exceso de defensa. Condenó a la pena de destierro a Antofagasta tanto a los Palazuelos como al administrador de Valledor. Pero el gobierno cometió la injusticia de intervenir de parte de Valledor, indultando a su administrador mientras dejaba vigente la pena para los Palazuelos. Entonces tomé yo la defensa de éstos en "El Ferrocarril", realizando una verdadera campaña a fin de reparar aquella injusticia en la que no poca parte había tenido el presidente.

Deseábamos vivamente que don Vicente Reyes trajese a colación el nombre de Palazuelos, pues ello nos había de dar pábulo para pedirle nos recordase la historia del primer matrimonio civil que se verificó en Chile cuando aquél, no habiendo podido obtener que le casaran en la curia con la señora Maturana, hubo de recurrir a contraer nupcias ante algunos amigos que le sirvieron de testigos. Este acto tuvo una enorme trascendencia, contribuyó a la aprobación de la ley de matrimonio civil que la prensa liberal de entonces apoyó desde aquel día de un modo decidido.

—Aprovechando—le decimos a don Vicente—que usted recuerda el nombre de don Juan Agustín Palazuelos ¿podría contarnos cómo se verificó su matrimonio civil con la señora viuda de Maturana, y en el que usted fué testigo?

Cavila un momento don Vicente, saca su petaca con cigarrillos, deshace uno y lo lía de nuevo y, cuando ya lo ha encendido, nos replica:

—El matrimonio de Palazuelos abrió el camino para la ley de matrimonio civil, que se dictó durante el Gobierno de Santa María... Cuando Juan Agustín fué elegido diputado se suscitó en la Cámara una agria controversia con motivo del juramento de regla que éste debía prestar. Desde ese momento el clero comenzó a mirar a Juan Agustín con manifiesto desagrado, así es que cuando éste se presentó a la curia solicitando permiso para contraer matrimonio con la señora Clorinda Maturana, ésta se negó a concederle dicho permiso, pues aseguró que no podía casarse

CUATRO JENERACIONES



Cuando don Vicente Reyes cumplió sus ochenta años, en el presente de 1915, la sociedad de Santiago le tributó el más bello homenaje de cariño que pueda esperar un ciudadano. También el día de su aniversario pudo verse el ilustre hombre público rodeado en su hogar de su numerosa descendencia, que constituye cuatro generaciones. El objetivo consignó ese instante de felicidad único para don Vicente Reyes en la magnífica fotografía que reproducimos.

como católico, pues se le consideraba un sacrilegio que estaba fuera de la iglesia. Como Juan Agustín pidiera que le casase entonces como protestante o de otra secta o religión, no accedió la curia tampoco por estar bautizado; lo que se quería en verdad era que se retractara: ponerle entre la espada y la pared a fin de que se arrepintiese de su ofensa hecha a la Iglesia. Comprendió Juan Agustín que en vano luchaba contra el clero, pues nada había de conseguir y entonces ape-

realizó con el firme propósito de poder hacerlo, tan pronto fuese posible, con todas las formas legales, lo que se verificó poco después, bendiciéndolo don Francisco de Paula Taforó... Tras este acto se inició una campaña decidida en la prensa liberal del país pidiendo la aprobación del matrimonio civil, mientras la prensa conservadora tronaba contra Palazuelos y sus defensores.

—¿Le ligó a usted con los Arteaga una amistad estrecha?



El Rosal, entre cuyos árboles perfumados, pasa don Vicente Reyes los calurosos días de diciembre.

ló a realizar su matrimonio como un simple acto civil que tendría por testigos a personas caracterizadas. En efecto así lo hizo: se verificó el acto en los altos del Portal MacClure y sirvieron de testigos, entre otras personas cuyos nombres recuerdo: don Manuel Antonio Matta, Carlos Palazuelos, Domingo Arteaga, Carlos Rogers, Ambrosio Montt, Juan Nepomuceno Espejo, los Gallo, Manuel Recabárren y muchos otros más... Al decidirse a este matrimonio Palazuelos lo

—Fuimos condiscípulos desde el segundo año en el Instituto Nacional. Ellos eran externos, pero nos veíamos frecuentemente y trabamos una firme amistad. Ambos tenían mucho talento: Justo se dejaba llevar más fácilmente por la imaginación, era más impresionable; Domingo en todas las cosas iba más a fondo, reflexionaba más; Justo era un gran periodista, de mucha agudeza; era un periodista a la francesa: me parece que su tipo predilecto era Girardin...

Como en ese instante Miguel Luis Rocuant le dice a don Vicente Reyes que a menudo se ha dicho de Justo que fué el primer periodista que usó guantes, don Vicente se sonríe y agrega:

—En efecto, iba siempre de guantes a la imprenta y escribía con distinción. Si hasta en eso le agradaba parecerse a Girardin; además, como el fino escritor francés, tuvo también su duelo. Fué un desafío con don Manuel Antonio Matta, que era un enemigo decidido de estos lances, pero como era la primera vez que se le desafiaba no quiso aparecer en una situación equívoca ante el público y aceptó el duelo. Justo disparó primero y en seguida don Manuel Antonio descargó el arma contra su sombrero... Domingo era también apasionado, pero se dominaba mucho.

—¿Qué recuerdos conserva de su estada en "El Ferrocarril" y de don Juan Pablo Urzúa?

—Don Juan Pablo fué un talento de quien ahora no tiene idea el público. Hombre de mucha cabeza, de una rectitud a toda prueba, de un gran espíritu público, honrado como ninguno. Desde su escritorio, siempre lejos de la exhibición, hizo por las ideas liberales y por el Club de la Reforma lo que otros no hubieran realizado jamás. Don Juan Pablo Urzúa era un hombre muy completo. Nadie logró sacarlo jamás de su escritorio: odiaba con toda su alma la vana ostentación, el dejarse ver. ¡Qué habilidad la suya en el manejo del diario! Estoy cierto que si hubiera vivido no se la habría ganado ninguno... Me dispensó él a mí una amistad franca; lo conocí mucho desde que se fundó "El Ferrocarril". Recuerdo que un día me encontré con Miguel Luis Amunátegui, quien me dijo que tenía encargo de don Juan Pablo para que fuese a hablar con él. Fui, en efecto, y desde ese día ingresé al diario. Esto pasó allá por diciembre del 56; permanecí todo el

año siguiente hasta que, habiéndome venido una disentería muy larga tuve que irme a convalecer a Copiapó; pues bien, por todas partes me persiguió don Juan Pablo con el sueldo: me obligó a aceptar hasta el último centavo. Después que regresé del Norte seguí escribiendo en "El Ferrocarril". Había sido nombrado yo empleado ministerial. Mas tarde colaboré en el diario... durante toda la época del Gobierno de don Joaquín



Retrato de don Vicente tomado en 1913.

Pérez yo escribí mucho, hasta versos... pero como simple cooperador y como amigo de Juan Pablo Urzúa.

Este juicio de don Vicente Reyes sobre don Juan Pablo Urzúa nos hace recordar lo que muchas veces le hemos oído referir a don Enrique Matta Vial:—"Debe haber sido un hombre muy bueno don Juan Pablo Urzúa—nos decía—pues todos los que le recuerdan no lo hacen sino con el mayor cariño. Respecto

de su sincerísima modestia he oído decir con frecuencia que jamás permitió que su nombre figurara para nada en "El Ferrocarril". Alguien me contaba una vez que una noche de luna que caminaba en compañía de don Juan Pablo por la calle y en circunstancias que iban por la vereda que quedaba en la sombra, su acompañante le dijo a don Juan Pablo:—¿Por qué no pasamos al lado que alumbrada luna? Está tan clara la noche!—Y aquel le respondió inmediatamente:—De esta vereda oscura nosotros vemos todo lo que pasa en la alumbrada, en cambio nadie nos vé a nosotros." Esta anécdota tien el alcance de un símbolo sobre su actitud periodística.

—¿Cuándo fué elegido diputado, por la primera vez?

—Antes de salir don Manuel Montt del Gobierno quiso dejar a algunos jóvenes en las Cámaras: a Justo Arteaga, Zenteno, Manuel Salustio Fernández, otros cuyos nombres se me escapan y a mí nos hizo diputados. Digo nos hizo porque en realidad no fuimos elegidos sino que ungidos por la autoridad gubernativa que era la que regía en aquellos tiempos en materias de elecciones. Yo fuí diputado suplente por Ovalle.

—Podría decirnos cómo se organizó el Club de la Reforma? ¿Asistió usted a las sesiones preliminares en que se echaron las bases del Club?

—El Club obedeció a una aspiración liberal nacida entre el elemento joven y algunos hombres de alta situación. A los viejos de entonces les pareció muy mal la idea de fundar el Club; más bien que mal diremos peligrosa. Bien pronto el Club de la Reforma tomó un auge que nadie soñaba. La campaña presidencial del 70, la proclamación de Urmeneta como candidato, nació del y en el Club, con la asistencia de todos los viejos montt-varistas que antes no miraban con buenos ojos la institución y que poco a poco llegaron a ella...; también tomaron parte los radicales Matta; Gallo; Espejo. Pero, usted desea saber los preliminares de la fundación del Club de la Reforma. Las primeras reuniones para fundarlo se iniciaron en casa de Victorino Garrido. Asistían, entre otros, Domingo Arteaga, Isidoro Errázuriz, José Manuel Balmaceda, Manuel Salustio Fernández, joven este mui inteligente, laborioso, que hacía los estatutos y las circulares. El primer presidente del Club fué don Geró-

nimo Urmenta; le sucedí yo cuando él terminó su período; después fué, creo que Domingo Arteaga y luego José Manuel Balmaceda. Balmaceda era entonces muy moderado: el antiguo seminarista no había muerto del todo en él. Cuando se discutió en el Club la separación de la Iglesia y el Estado, él se mantuvo en cierta prudente reserva. Después cambió mucho...

—¿Fué acaso para hacer la proclamación de don José Tomás Urmeneta cuando se hizo la primera Convención presidencial?

—No se puede decir que fué esa la primera Convención. Para proclamar a Urmeneta hubo una Convención embrionaria. La primera Convención presidencial la hizo don Federico Errázuriz Zañartu. Apoyaba él la candidatura de Pinto y como se preparaba también, por la parte contraria, la de Miguel Luis Amunátegui, creo que se le ocurrió la idea de una Convención que, por lo demás, fué muy acertada, ya que la candidatura de Amunátegui arrastraba a mucha gente y era, por lo tanto, temible. A mí me pareció muy bien la idea de una convención porque en vez de salir un decreto, un úkase que imponía una candidatura, era mucho mejor una reunión de personas que deliberase al respecto. Me habló a mí no sé si Zenteno o Altamirano; luego hubo una reunión en casa de José Manuel Balmaceda y les pareció muy mal la idea de la convención: Domingo Arteaga dijo que se dejaría cortar una mano antes de tolerar eso. Se verificó la Convención, me parece que en noviembre del 75. Concurrimos todos, unos a votar por Pinto y otros por Amunátegui. Yo era partidario de Miguel Luis. Pero don Federico Errázuriz trajo del sur unos huilliches, que eran mayores contribuyentes, y, a pesar de tener mayoría Amunátegui, salió Pinto.

Don Vicente se ríe cordialmente y agrega:

—¡Don Federico nos tapó con sus huilliches!...

Son las dos y media de la tarde, hora que nos ha indicado don Vicente, con bondadosa resignación, para continuar nuestra charla. Cuando entramos a su sala de trabajo él nos aguarda, de pie. Nos recibe con bondadosa

gentileza y antes que le hagamos una pregunta, nos dice:

Ya ven ustedes que no tengo nada interesante que contarles. Si no sé nada.

Nos ofrece asiento y cuando él ha terminado de encender un cigarrillo, le decimos:

—De su estada en el Ministerio del Interior, durante el Gobierno del Presidente Pinto ¿qué recuerdos conserva?

—Se organizó ese Ministerio el año 77 un poco a disgusto del partido oficial que estaba en el poder en la presidencia de Errázuriz. El Ministerio anterior al nuestro había sido formado con los partidos de la oposición de Errázuriz; el que yo presidí estaba constituido por la mayoría de los que no habíamos apoyado a Pinto: Miguel Luis Amunátegui era Ministro de Justicia; Augusto Matte, de Hacienda; Manuel García de la Huerta, de Guerra; Interior, yo; y Relaciones Exteriores, José Alfonso. Dos de estos Ministros, Alfonso y Amunátegui, pertenecían al Gabinete anterior y nosotros entrábamos al Gobierno habiendo sido adversarios de la candidatura de Pinto.

—¿Por qué razón cayó el Ministerio?

—El partido gobiernista, oficial, que había estado con Errázuriz casi durante toda su presidencia, no estaba contento con nuestro Gabinete que no pertenecía a su círculo; además, ellos veían un peligro creciente en el hecho de que estuviésemos trabajando constantemente a fin de procurar que el Gobierno no continuara interviniendo en las elecciones. Su caída se produjo cuando presentó Augusto Matte tres o cuatro proyectos relativos a la Hacienda Pública, que tendían a aliviar un poco la situación crítica porque atravesaba

el país. Además, yo, como Ministro del Interior, hice declaraciones en la Cámara y en la Memoria ministerial y el Presidente lo dijo también en el Mensaje, respecto de la absoluta necesidad de que el Gobierno no interviniese en la cuestión electoral. Aprovechando de las Cámaras la presentación de los antedichos proyectos del Ministro de Hacienda y estando Augusto Matte ausente de Santiago, se pusieron en tabla estos proyectos y en una sesión se rechazaron todos, no porque en verdad les pareciesen mal sino que a fin de producir la crisis.

—¿Siendo usted Ministro del Interior en ese Gabinete dictó el decreto que concluía con la antigua costumbre de la paralización del tráfico durante la Semana Santa?

—Yo lo dicté, en efecto. Antes no se había hecho porque parece que se temía que fuera a levantar gran polvareda entre el clero. Un día le dije a don Aníbal Pinto:—Señor, esta paralización del tráfico constituye una molestia para el vecindario y no tiene ninguna razón legal. El aprobó la idea autorizándome para que procurara hacer redactar el decreto. Entonces llamé al Intendente, pues era de su incumbencia dictar el decreto respectivo. Tuvo al principio el Intendente ciertos temores, pues tenía mayoría conservadora en la Municipalidad, pero cuando

yo le aseguré que era acuerdo del Gobierno dicha medida, se decidió inmediatamente. El texto del decreto lo redacté yo mismo; cuando salió no se promovió ni un desorden, ni una protesta: todo el mundo, incluso los mismos conservadores y los clérigos, deben haber pensado que se trataba de una cosa muy justa que en





Don Vicente Reyes descendiendo una de las escaleras de la casa solariega en El Rosal.

nada afectaba a la observancia religiosa.

—¿Qué otras medidas de bien público recuerda usted que se dictaron durante su estada en el Ministerio del Interior?

—Había en aquel tiempo una serie de gabelas que pesaban mucho sobre la gente pobre: por ejemplo, el servicio de la guardia nacional que se hacía gratuitamente los días domingo, institución profundamente anti-democrática, pues estaba exclusivamente formada por la clase obrera; y el servicio de policías rurales a cargo de los que llamaban celadores, que también estaba compuesto por los pobres labriegos, sin remuneración ninguna. En el Club de la Reforma recuerdo que se había tratado esto: así es que cuando estuvimos en el Gobierno con Manuel García, que también había pertenecido al Club, nos ocupamos activamente de ésto hasta llegar a dictar un decreto que suprimía la guardia nacional y los celadores...; el decreto fué dictado mientras se organizaba la guardia

nacional en forma democrática.

—A pesar de haber sido usted opositor de la candidatura del Presidente Pinto ¿fué después amigo de él y siempre estuvo cerca de su Gobierno?

—Sí. Pinto era un hombre muy inteligente: un mandatario que ante todo quería el bien del país y que a sus adversarios políticos de antes no los consideró jamás como tales. Fué un gran Presidente y el mejor de los amigos. El no subió a la Presidencia con el calor de un entusiasmo muy grande; antes bien, su candidatura fué recibida con cierta frialdad. Nadie le había visto lucirse como orador desde una tribuna parlamentaria y mientras era candidato a la Presidencia no pronunció discursos brillantes, que esta es la manera de llegar más fácilmente hasta el público. Pinto no era hombre de brillo, pero, en cambio, era un gobernante reposado, concienzudo, inteligente, que conocía las necesidades del país y conocía también a los hombres que lo rodeaban. Quiso antes el bien

de Chile que satisfacer anhelos personales: tuvo en la mayor parte de sus Ministerios a la gente que se había opuesto a su candidatura. Y después de estar en el Gobierno con él, Matte, Recabarren, Amunátegui Valderrama, todos, en fin, salimos guardándole un profundo y sincero afecto. Pinto era bueno y leal: un caballero cumplido a toda prueba y al mismo tiempo un hombre de un sentido práctico admirable. Su cultura era vastísima: probablemente no ha habido aquí un hombre más lector que él. La seriedad administrativa fué siempre intachable y es menester tener presente que durante su Gobierno la situación de la Hacienda Pública, como ya creo que le advertía antes, era muy crítica. Cuando nosotros llegamos al Ministerio los presupuestos habían sido presentados ya y sumaban 20 millones de pesos; pero, como el país estaba en un verdadero trance económico, hubo necesidad de retirarlos y hacer una revisión minuciosa en sus gastos. Así se logró reducirlos a 18 millo-

nes de pesos... El Presidente Pinto era muy contraído al trabajo: su labor hubiera puesto en jaque las fuerzas de cualquier otro hombre. Le tocó a él soportar la inmensa responsabilidad de la guerra del Pacífico y, también, gran parte de su dirección. Felizmente él contaba con el contingente valiosísimo de los Ministros en campaña don Rafael Sotomayor y don José Francisco Vergara. Porque si es cierto que Manuel Baquedano era un general muy valiente y esforzado hasta el sacrificio no habría podido sobrellevar solo el peso de toda aquella campaña que tenía muchos hilos y cuyo peso suponía un esfuerzo sobrehumano. A pesar de las continuas dificultades y de ser atacado constantemente por la oposición liberal conservadora, el Presidente no suspendió un solo día el imperio de la Constitución. Cuando, después de los triunfos del ejército chileno, todo el país pedía a gritos la marcha a Lima, el Presidente Pinto decía:—Ya hemos ganado bastante gloria y tenemos ganado también bastante territorio... Temía él, con razón, que en la recelosa suspicacia en que estaban los argentinos, pudieran suscitarlos en el exterior un gran conflicto. Pero, una vez que Pinto vió en todos el deseo tan firme, incontrarrestable, de marchar a Lima, se decidió la expedición. Sin embargo, su prudencia era justificada... Y, ese Presidente que nos había creado la mayor riqueza, que había recibido en sus manos a un país pobre, con serias dificultades económicas, y lo había devuelto a los suyos cargado de riqueza y de gloria, bajó de la presidencia muy pobre. No tenía más bienes de fortuna que su derecho a la cuarta parte en las minas de Puchoco, de las cuales era dueño principal un señor Rojas. Recuerdo que al terminar su período presidencial me encomendó que me viera con el señor Rojas, a fin de que le propusiera si quería comprarle su parte para pagar algunos compromisos que tenía pendientes. Cumplí su encargo, pero, como encontré muchas dificultades de por medio, hube de renunciar a mi cometido. En

tonces Pinto se puso al habla con el señor Rojas y le vendió sus derechos a las minas en ciento ochenta mil pesos, cantidad exacta a la que ascendían sus deudas y que le sirvió para cubirlas inmediatamente. Por supuesto que después estas minas han sido valorizadas en millones de pesos... No olvido que un día don Juan Pablo Urzúa, amigo personal del Presidente, me llamó para decirme:—“Aníbal está pobre, muy escaso de fortuna; dígame usted que en el diario hay necesidad de una persona como él, que, habiendo leído tanto, pueda aconsejarnos las cosas que se deban traducir para ser publicadas. Bastará que él nos indique, nada más, y aquí se harán traducir. Dígame que se le pagará por esta incomodidad que le vamos a imponer una renta de dos mil pesos anuales.” Recuerdo que don Aníbal se había ido a vivir a una casa de arriendo situada en la calle Chacabuco, de propiedad de Eusebio Lillo; allí le fui a



Ultima fotografía de don Vicente Reyes.

ver yo y le transmití el encargo de don Juan Pablo. Aceptó Pinto pero con la condición de que él traduciría lo que encontrase conveniente y que al mismo tiempo escribiría de cuando en cuando algunos artículos editoriales para el diario.

—De las personas que conoció por aquellos años, ¿qué recuerdos conserva de don Isidoro Errázuriz y de Lastarria?

—Isidoro tenía mucho talento. A ese no se le derretían las alas fácilmente: se elevaba bastante, hasta donde quería. Era un orador muy fogoso... Don José Victorino era también un gran orador. No lo traté yo en la intimidad. ¡Qué hombre tan honrado! Vivió siempre en un estado mediano de fortuna: y era un abogado distinguido que hubiera podido hacerse rico fácilmente. Lastarria impulsó mucho el movimiento literario en el país. Recuerdo que en los primeros tiempos, cuando yo estaba en "El Ferrocarril", tuve ocasión de asistir a las reuniones de una academia literaria que se reunía en su casa, situada a la subida del Cerro, donde nos leyó sus primeras novelas Alberto Blest Gana. También recuerdo haberle oído leer un trabajo sobre economía, su tema favorito, a don Marcial González.

—¿Fue amigo de don Alberto Blest Gana?

—Por aquellos años tuve poca ocasión de verle con frecuencia. En París si que cultivé con él una amistad muy franca y muy cordial. ¡Qué memoria conserva este hombre hasta para dar la sensación precisa del lenguaje popular: no hay más que leer uno de sus últimos libros, "El loco Estero", para ver cómo reproduce la vida de aquellos días ya tan distantes. ¡Si parece que fuese una fotografía!

—¿Fue muy amigo con los Amunátegui?

—Los conocí mucho y muy de cerca. ¡Qué hombres tan buenos! Así como tenían de talento eran en la vida privada unos modelos de virtudes. Se formaron solitos, a fuerza de perseverancia. Cuando murió su padre tuvieron que tomar a su cargo el sostén de su familia. Entre ellos eran de una unidad hermanable digna de ejemplo. Las anécdotas todas que circulan sobre ellos prueban su cariño entrañable. Entre nosotros se contaba, por ejemplo, que cuando Gregorio y Miguel Luis estaban de novios, salían juntos a visitar a sus futuras y mientras el primero iba a ver a

la suya el segundo le aguardaba hasta que, después, llegaban a la casa de la otra novia y aguardaba a su vez el primero al segundo. Don Pedro Godoy, que era un hombre muy ocurrente y muy divertido, decía con mucha gracia: "Cuando Miguel Luis habla en la Cámara, Gregorio está balando en la plazuela..." Estas anécdotas, que, por otra parte, son muy bien intencionadas, pintan, tal vez, el aspecto más bello de aquellas dos vidas ejemplares. Su hermandad era como la de Castor y Polux, una fraternidad que no podía haberla mayor... Generalmente Miguel era muy tranquilo mientras que Gregorio solía ser más apasionado. Respecto del primero había una apreciación muy errada: era de una firmeza de convicciones inamovibles. No escribía una línea de historia que no reflejase su manera de pensar y sus aspiraciones políticas. El quería que la historia fuese el reflejo de la verdad pura y exacta... Frecuentemente asistíamos a la tertulia que se verificaba en su casa, donde asistía gente muy caracterizada. Miguel, por la misma bondad de su alma, era muy optimista; Gregorio le salía de través, aunque éste era más vehemente pero solía ser más desconfiado de los hombres y de las cosas. Gregorio fue siempre un colaborador activo de Miguel Luis: gozaba de una situación muy grande como juez, a la que se juntaban su integridad y lo vasto de sus conocimientos.

—¿Fue también muy amigo usted de Zenteno?

—Muy amigo. Era un hombre muy retraído, medio montaraz. Estuvo de redactor en "El Ferrocarril" después de Justo Arteaga. Fue una lástima que no se diera a conocer bien; pero no había forma de que nadie le sacara de su modo de ser huraño. Recuerdo que cuando fuimos a Talca, en una campaña política y siendo candidatos a diputados Arteaga, Zenteno, Isidoro Errázuriz, Aniceto Vergara y yo, Zenteno se negó terminantemente a tomar la palabra en un mitin. Como presidía don José Bruno González tuvimos que decirle a este caballero, en vista de la negativa de Ignacio, que lo disculpara de alguna manera. Pero a don José Bruno se le pasó la mano y dijo: "El señor Zenteno ha sentido mucho no poder venir, pero está indispuerto"... y Zenteno estaba ahí presente, sentado debajo del tabladillo en que se pronunciaban los discursos... Zenteno

era un gran lector, muy conoedor de Voltaire: era un voltariano puro y de gran talento.

—¿Y Barros Arana?

—También conocí muy de cerca y quise mucho a Diego. No olvido que en el Instituto alcancé a conocer a Barros Arana, cuando él era inspector en la sala nuestra. Desde muy joven era de una laboriosidad extremada: su criterio histórico era muy sólido. Tenía una firmeza de convicciones extraordinarias. Siendo alumno del Instituto publicó la traducción de una novela francesa y creo que su trabajo sobre Magallanes. En casa de Antonio García Reyes le veía constantemente. Recuerdo que un día le oí contar que le habían encargado escribiera la biografía de uno de los personajes de la revolución de la Independencia para un libro que iba a publicar el editor Desmadryl. Cumplió su cometido pero a la familia del personaje no le pareció bien dicha biografía y quisieron que Barros Arana cambiara algunas cosas. Diego se mantuvo firme en no tocar su trabajo y así también se lo aconsejó Antonio García. Claro está que no se publicó en el libro de Desmadryl y sólo algunos años más tarde lo dió a la estampa Diego.

La última entrevista que nos concede don Vicente hemos querido dedicarla enteramente a los recuerdos que conserva de los bailes, los teatros, la vida social, en fin, de ese tiempo. Estrechamente vinculado con lo más distinguido de la sociedad santiaguina, don Vicente ha vivido muy de cerca cincuenta años de interesantes relaciones entre las personas más distinguidas que han cruzado el escenario de la vida chilena, durante la segunda mitad del pasado siglo.

—De los bailes de su tiempo—le preguntamos—los del general Blanco y de don Manuel Antonio Tocornal; de los teatros a que asistía cuando joven, ¿qué recuerdos conserva?

—A los bailes del general Blanco y de don Manuel Antonio Tocornal, no recuerdo haber asistido. Creo que don Manuel Antonio Tocornal dió una vez un gran baile de fantasía, de máscaras. Pero yo no asistí. Las fiestas frecuentes que se daban

en ese entonces se hacían en la Filarmónica que estaba situada donde hoy está la Casa Francesa. Allí se hacían fiestas, tertulias cada quince días: y eran muy agradables. No había dueño de casa, así era que reinaba en ellas la mayor sencillez y la mejor confianza... De los teatros recuerdo que había ópera todos los años: las temporadas líricas se hacían en el actual Teatro Municipal, que por entonces era completamente diverso: tenía una arquitectura muy pesada, con unas grandes columnas entre los palcos que casi tapaban el proscenio para el espectador. Después se quemó. Venían actores a veces de mucha celebridad: recuerdo haber visto ahí a un gran actor argentino, Casa Cuberta. Uno de los años más memorables del Teatro Municipal fué el 57, en el cual se inauguraron cosas notables: se estrenaron el Código Civil, el Teatro Municipal, el gas en Santiago y muchas cosas más que olvido por el momento. Cuando se construía el Teatro Municipal, antes del 57, las representaciones de la ópera se daban en un teatro que se llamaba Teatro de la República, situado en la calle del Puente: el Municipal se quemó el año 70, mientras cantaba una hermana de la Adelina Patti. Se reedificó con mucha mejoría para su comodidad: antes había sido construido por un arquitecto francés que era militar e hizo un edificio muy sólido, demasiado pesado, como ya le decía antes, con enormes columnas que impedían casi ver... Lo que nos gustaba por esos años en el teatro dramático, eran las obras francesas de Scribe, Dumas hijo y algo de Víctor Hugo; en cuanto a los españoles se representaban mucho las cosas de Bretón de los Herreros. Entonces tuvimos aquí en Chile trágicos notables: la Ristori, Rossi, Salvini. Yo recuerdo que fui a oír a la Ristori con cierta preocupación porque pensaba que estaba gastada: no concebía yo sino que nos enviasen de Europa los huesos de los que habían sido grandes actores. La ví en "Isabel de Inglaterra" y me quedé con la boca abierta: ¡qué emoción de arte tan grande! A Salvini, que era un trágico notable, no le hicieron gran caso. Le negaron el Municipal: en sus funciones tuvo muy poca gente, mientras un circo que había en la Cañadilla estaba atestado de gente. Más tarde vino Vico: su voz era un poco desagradable: estaba un poco ronco. Algo influiría, además, que no me

gustase mucho la declamación española. Calvo tampoco me agradó mucho; me chocaba el exceso declamatorio, algo que era tan diverso del género de Rossi y de Novelli. Es necesario reconocer que todos estos actores contribuyeron directamente en la formación del gusto del público... Y, a propósito de actores extranjeros, recuerdo una anécdota sabrosísima que le sucedió aquí a un actor argentino, Velasco: salía en una obra llevando el antiguo pantalón de tapas. En lo mejor de la representación se le cae la tapa trasera del calzón y el apuntador le grita, apresurado, en voz bajísima: "La tapa"; y el pobre Velasco repite en alta voz, con solemne tono declamatorio:—¡La tapa!... Ya, todo confundido, el apuntador, vuelve a decirle: "La tapa, señor, la tapa..."; y el desgraciado repite con más énfasis:—¡La tapa, señor!... ¡La tapa!... Solo cuando las carcajadas del público eran estrepitosas vino a darse cuenta.

De buenas ganas ríe don Vicente Reyes, sin poder contener el sentimiento de hilaridad que le embarga; se ríe alegremente como podría reír un colegial. Bien parece en ese instante que sus ochenta años desaparecieran y que reviviera en él la sana alegría moza de sus veinticinco años.

—¡Qué recuerdos conserva de su campaña presidencial de 1896!

Bien comprendemos, por el gesto de don Vicente, que tras la alegría de aquella anécdota esta pregunta es inoportuna. Siempre una campaña política deja recuerdos bien poco agradables: a través de las pasiones desnudas, que en las luchas electorales se muestran en toda su primitividad, el hombre suele olvidarse que es hombre y se convierte en lobo: la astucia, la mentira, la deslealtad pueden entonces más que las amistades sinceras y que los afectos hondos.

Con levantada indiferencia, don Vicente Reyes nos replica:

—Me dijeron algunos amigos que creían conveniente fuese candidato. Estaba en edad de poder aceptar. Hice lo que ellos quisieron. Los radicales estuvieron conmigo como una tabla; también los liberales democráticos y los demócratas. Los liberales se dividieron. Al fin la cosa quedó en manos del Congreso; se promovió la cuestión de si podían votar los parientes; y se acordó que debían votar si tenían derecho a voto.

—¡Ha gastado usted dinero alguna vez para comprar votos?

—Jamás. Recuerdo que un día le dije a don Enrique Salvador Sanfuentes, que fué una de las primeras personas que me habló para que aceptase la candidatura presidencial:—Si va una persona por la vereda del frente y me dicen que pase a pedirle su voto, no paso...

Dice estas palabras don Vicente Reyes con segura e incommovible firmeza, como acentuando en ellas el desprecio que le inspiran los mercenarios de elecciones que se eligen ellos mismos antes que tener la dignidad de ser elegidos.

Mientras se apaga el último eco de la charla observamos su rostro de firmes facciones, su cansancio sereno que parece esconderse tras la palidez de sus pupilas. En este instante de tranquilidad suma y antes de que él nos tienda su mano franca para despedirnos, miramos una vez más su rostro y en él sus ojos parecen repetirnos:—De seguro no estaría conversando con usted ahora, si hubiera sido Presidente: ya estaría enterrado mucho tiempo. ¡Es ese un molejón muy duro!...

Afuera la ciudad es un incendio blanco de sol. Un tranvía aturde con el estruendo metálico de su campana...

